

## EL CAUDILLO DE LEVITA

(diez apuntes para un retrato)

Por ROQUE JAVIER LAURENZA

*His bitterest enemies (and his enemies were never mild) and his warmest friends (and his friends were never tepid) could justify, with equal plausibility, their denunciations and their praises. . .*

*Lytton Strachey.*

*. . . Tous ses vices ont été de ceux que la grande fortune rend aisément illustres, parce qu'ils ont été de ceux qui ne peuvent avoir pour instruments que de grandes vertus.*

*Cardenal de Retz.*

### AL LECTOR

Escritas en Río de Janeiro, en agosto de 1942, las siguientes notas fueron publicadas ese mismo año, aunque en la versión mutilada por la mojigatería provinciana de un censor poco avisado.

Por la primera vez aparecen aquí en su forma original y completa, revisada en 1971.

Todas las frases que figuran entre comillas son auténticas, llegadas a mi conocimiento a través del testimonio de políticos coetáneos de Porras (Alfaro, Andreve, López, Duncan, etc.). Ellas reflejan ciertos *tics* característicos del habla del caudillo y sirven para acentuar los tonos psicológicos del retrato. Asimismo, las escenas que se describen son verdaderas y apenas modificadas ligeramente de acuerdo con un propósito estético.

En realidad, estas breves páginas no pueden aspirar a la exactitud histórica. Panamá está lejos aún de alcanzar la sazón en que los pueblos comprenden el hecho elemental de que la vida de sus hombres públicos pertenece a la historia en todos sus detalles y que, en el caso de los grandes personajes, no existe una zona vedada, de intimidad secreta e inabordable.

Tienen, así, estas páginas un mínimo y modestísimo propósito; ofrecer al futuro biógrafo de Belisario Porras unos cuantos útiles —paletas, colores y pinceles— con los cuales, según mi visión muy personal y subjetiva, se podría hacer un retrato del Caudillo de Levita. Y nada más.

Maisons-Laffitte (alrededores de París)

1972.

## I

El Doctor Belisario Porras, quien fue durante largos años Presidente de Panamá, ha muerto en la capital del Istmo, dice el lacónico mensaje que leo en la prensa de Río de Janeiro, frente a la bahía de Guanabara que él admiró una vez al lado del Barón de Rio Branco. La verdad es que, en medio de la segunda guerra mundial, la breve noticia fúnebre pasará inadvertida. Sin embargo, allá en mi lejano país, un pueblo está de luto. Ha terminado la última escena de una época, escena en la que se veía marchar por las calles panameñas a un viejo gallardo, de levita gris, sombrero en mano, siempre saludando, mientras la gente murmuraba, al responderle, “¡ahí va el doctor, ahí va el doctor. . .!” como un eco que despertaba el paso del ilustre octogenario.

Con cada muerte familiar, algo muere en nosotros también y aún más cuando se trata de alguien que fue imagen de un pueblo, epítome y espejo de un largo capítulo de historia nacional. De 1856, año del nacimiento de Porras, a este de 1942 en que muere, los días han arrastrado innumerables rostros y hechos en su carrera hacia el olvido. Lejos quedan, en efecto, los años turbulentos de Correoso y Rafael Aizpuru, de Albán y Herrera, de Carlos Mendoza y Eusebio Morales, de Ramón Valdés y Rodolfo Chiari. Ya podemos ver esas imágenes del drama civil en que fueron protagonistas aquellos hombres, desde la cómoda perspectiva de la posteridad, como si fueran los cuadros de un museo. Reco-

remos la vasta galería; nos detenemos ante cada una de esas ideales pinturas y una impresión gana nuestro ánimo: la raza de los caudillos ha terminado en Panamá. Arnulfo Arias es, sin duda, el último ejemplar de esta especie. Nuestra vida política se complica a medida que aumenta la riqueza nacional y las clases populares acceden a las primeras letras y a la educación superior. Panamá vivirá por algunos años la hora de los clanes para entrar luego, dentro de cierto tiempo, en la de los conflictos sociales. Al caudillo que regresaba de los campos de la guerra civil o que surgía en el tumulto retórico de la plaza pública —y detrás de quienes estaba siempre el príncipe de la cuenta corriente— cederá el paso al tecnócrata de las estadísticas y los organigramas. . . Y, a su vez, llegará el turno de. . . Pero esto, en el fondo, es el progreso.

## II

La muerte de Porras cierra, como decía, un capítulo de la historia panameña. Es el momento propicio a los recuerdos. A mi memoria viene, al cabo de dieciocho años, una escena de mi adolescencia, cuando por vez primera estuve cerca del famoso tablón. Una mañana, al azar de mis vagabundeos de muchacho, encontré una multitud endomingada reunida en torno a una tribuna. Un hombre de levita gris, cabellos canos, bigotes mosqueteros y tez rosada pronunciaba un discurso. El Doctor Porras inauguraba el Hospital Santo Tomás y, entre las risas respetuosas de los presentes, explicaba por qué lo había hecho construir.

Un amigo suyo, “mi amigo Toto, que era alto, rubio, musculoso y fuerte”, gravemente enfermo, no había querido ir al antiguo centro de salud “porque estaba cerca del cementerio”. Porras comprendió las razones de su amigo y dispuso entonces que se construyera un moderno hospital, lejos de aquel sitio fatídico, de manera que todos los Totos de Panamá pudiesen remediar sus males físicos sin tener frente a los ojos ese lugar sombrío donde tantas cruces anuncian el reino de la muerte.

Mi segundo encuentro con el Doctor Porras ocurrió muchos

años después, en circunstancias melancólicas, cuando ya estaba retirado de la vida pública. Fue en casa de Ricardo Miró y pocas semanas antes de morir el poeta.

Una tarde, Rodrigo Miró, que ya se preparaba a recoger la tradición literaria de su nombre, examinaba en mi compañía unos libros cuando, de pronto, sin previo aviso, apareció en la sala el Doctor Porras, acompañado de su esposa, la fiel Antígona de sus pasos vacilantes.

—“Vengo a ver a Ricardo. . . a mi Ricardo. . .” dijo a guisa de saludo.

Los dos viejos amigos se abrazaron.

—“¡Estás muy bien, Ricardo; pero si estás muy bien!”— decía el anciano al poeta enfermo, como si quisiera transmitirle su propio vigor extraordinario.

Dña Alicia Castro de Porras, la esposa y las hijas de Miró formaron un grupo, mientras los dos amigos, Rodrigo y yo salimos al balcón. Caía la tarde. Frente a nosotros, el paisaje marino era una perfecta imagen de abanico. En primer término, la pequeña ensenada del antiguo mercado de Panamá, erizada de mástiles; y, al fondo, los barrios residenciales, que había abierto al progreso la tenacidad del viejo caudillo.

—“¡Mira, Ricardo, allá están la Exposición y Bella Vista, mis “elefantes blancos, como decía esa serpiente de Nicolás Victoria”. . .

Un silencio y luego:

— ¡Lástima que no me dejen volver a la Presidencia, Ricardo, esos liberales ingratos. . . Pondría en práctica unos proyectos maravillosos que tengo. . . Grandes proyectos, Ricardo. . . —repetía el anciano, mientras el poeta Miró fumaba sin responder, lleno de nostalgias inexpresables.

—“¡Qué lástima, Ricardo, qué lástima!” . . Sin embargo, allí quedan nuestras obras. Tú tienes los **Preludios** . . . y yo tengo estas cosas. . .” —y el Doctor Porras abría los brazos como si tratara de abarcar a todo Panamá.

En ese momento, Rodrigo Miró se dió cuenta de que Porras

murmuraba, entre dientes, una frase latina. Rodrigo no supo decirme cuál era. Pero yo estoy seguro de que se trataba del horaciano *Non omnis moriar*, no he de morir del todo, dicho con la justa jactancia de quien ha construído los propios pedestales de su fama. Y en ese instante mismo, como un truco teatral dispuesto por un invisible director de escena, una bandada de pájaros cruzó frente a nosotros.

—“¡Tus gaviotas, Ricardo, tus gaviotas. . .!” —exclamó el Doctor Porras, aludiendo al célebre soneto de Ricardo Miró.

El poeta respondió con una sonrisa. Y como en los viejos días de la Presidencia en aquellas animadas tertulias palaciegas, cuando Porras se paseaba por los salones, entre las filas de áulicos sumisos, apoyado en el hombro de Bertín Mina o en el de Jorge Icaza Fábrega, el viejo caudillo se apoyó ligeramente sobre el hombro de Miró, tembloroso un instante, los ojos, tras los bachellescicos espejuelos, humedecidos por la ternura, para murmurar con afectuoso dejo:

—“¡Mi poeta, hombre, mi poeta. . .!” —mientras seguía mirando el paisaje familiar de la bahía panameña, que los dos vieron durante muchas tardes triunfales de la edad madura y que volvían a ver, otra vez juntos, en la hora triste y solitaria del ocaso.

### III

Como siempre acontece con los hombres que alcanzan por su propio esfuerzo el poder político y que se convierten en el objeto de la admiración constante de sus conciudadanos, Belisario Porras llegó a pensar que el pueblo panameño era la prolongación de su propia familia, sobre la cual reinaba por derecho divino. Mi hospital, mi Exposición, mi poeta. . . Así suelen hablar los reyes y así hablaba este Luis XIV tropical. Porque, aún después de abandonar la Presidencia, en 1924, Porras se consideraba el árbitro supremo del país y ante sus ojos los nuevos gobernantes —Chiari, Arosemena, Alfaro, Arias Madrid, etc. — eran tan sólo los tolerados procónsules de su imperio inalienable. “El orgullo no es un crimen en los hijos de mi raza”, ha dicho Bergerac, y Porras pare-

ce repetirlo. Rey sin corona y fiel amigo de las citas clásicas, a Porras le hubiese complacido que se colocara bajo su nombre, en el mármol de la tumba, aquello que D'Aubigné dijo de Enrique IV: "Digno del reino, aunque no hubiese reinado". Pero tal vez, entonces, el viejo bachiller de Bogotá, con una pedante sonrisa a flor de labio, se acercaría para corregir su epitafio, y decir con exacta erudición rosariana: "Eso es una paráfrasis, hombre! Me gustaría más lo de Tácito, que decía: Imperii capaz nisi imperasset. . ."

#### IV

En nuestra historia el caso de Porras es único. Ninguno de los personajes de la comedia política panameña guarda con él semejanzas psicológicas. Y entre los de la colombiana tampoco es fácil encontrar un paralelo a lo Plutarco, aunque tal vez se podría citar a Rafael Núñez; pero, claro está, sólo en lo que atañe a la mecánica sentimental, al fondo recóndito del alma, a la zona secreta donde están los resortes de la personalidad, como dos relojes pueden parecerse aún si sus dueños caminan por senderos opuestos y bajo estrellas contrarias y distantes.

El hecho es que Porras conoció terribles dramas íntimos. Los peores insultos y los más encendidos elogios atizaron la fama de su nombre. Un hijo muere trágicamente y Roma anula su primer matrimonio gracias a los sombríos argumentos presentados por él mismo.

Y aquí se plantea una vez más el problema de la biografía de Porras. ¿Cómo, en efecto, escribir su vida sin tratar de manera directa los episodios de la intimidad de Porras? Cada día la tarea se hará más difícil. Los documentos oficiales sobre el trámite de su caso han desaparecido de los archivos públicos y sólo quedan vivos muy pocos testigos.

Refiriéndose a Gladstone, en una página famosa, Lytton Strachey dice que amigos y enemigos podían justificar con las mismas poderosas razones su acusación y su defensa. Tal parece ser el caso de Porras, cuya dramática vida ofrece episodios no del

todo claros y que exigen, para conocerlos en sus detalles y poder examinar el mecanismo psicológico del personaje, la discreta lejanía de la historia. Mas ¿por qué se impone tal búsqueda en el laberinto de una vida íntima? —preguntará, como siempre, el moji-gato remilgoso. La respuesta es obvia, porque *Porras pertenece a nuestra historia; porque él es uno de los pocos hombres interesantes que han pasado por la vida pública de Panamá. ¿Está claro?*

Además, el juego continuo de luces y sombras que constituye la personalidad de Belisario Porras reclama una exégesis profunda de sus actos. *¡Extraña personalidad, en efecto, la suya! Aprendió a ser orgulloso cuando quisieron enseñarle a ser humilde. Era un escéptico y, a la vez, presa de pasiones violentas. Desdeñaba a los hombres y no podía estar sin ellos. Era un sentimental, con la lágrima fácil y el abrazo pródigo, y a lo largo de su vida no hizo más que ir cortando de raíz el afecto de sus viejos compañeros de luchas y dando a cada uno de sus colaboradores más íntimos secretos motivos de resentimiento. Como hombre de Estado, poseía un alma generosa y levantada, capaz de las más nobles causas y de las más avanzadas realizaciones; pero, como individuo, era capaz de mezquindades tristes y ridículas. Hay que haber vivido como yo, de niño, en la intimidad de familias políticas como los Aizpuras y los Mendozas, para conocer ciertas “historias de Belisario”. Las de su famosa tacañería, por ejemplo. Porque Porras, que se dolía de la pobreza de nuestro pueblo y trató siempre de crear los medios para combatirla, personalmente mostró el gesto corto y la mano cauta en el auxilio directo a un desdichado.*

Un cronista de Palacio podía recoger en un mismo día motivos para el vituperio y razones para el aplauso. Las contradicciones —siempre el juego de luces y de sombras— eran constantes. Colocaba en su lugar a un impertinente diplomático de los Estados Unidos e iba luego a Washington para suplicar, en un inglés atroz y pintoresco, la intervención extranjera en su propio país. (Y años más tarde, en un folleto que pocos panameños han leído, abjuraba de sus flaquezas y admitía el oprobio de su gestión washingtoniana). No dejaba pasar ocasión de hablar de las virtudes romanas y no permitía en torno suyo la independencia de ca-

rácter. Todo enemigo, a quien la miseria obligaba a visitar la Presidencia, debía pasar, antes de recibir un cargo público, bajo las horcas caudinas de una retractación pública, frente a los áulicos en fiesta y la risa cimarrona de Bertín Mina, uno de los validos de Palacio. Conocemos escenas atroces, dignas de Estrada Cabrera o del inefable Melgarejo. Y, con todo, la verdad es que nadie puede negar los altos méritos de Porras el estadista y de Porras el patriota de las horas difíciles.

## V

Ninguno de sus coetáneos ha podido explicarse el misterioso influjo de su personalidad. Porque no caben dudas sobre las flaquezas de Porras. Porras no fue brillante abogado, ni escritor notable, ni orador de gran vuelo, ni caudillo militar extraordinario. Tanto en el foro como en las letras, en las tribunas como en los campos de la guerra civil, fue de una mediocridad indecible, el hazmerreír secreto de sus propios partidarios. Sus incursiones en el campo de la teoría jurídica no son, precisamente, memorables, y su mayor empresa bélica fue la de la trágica derrota liberal en el Puente de Caledonia, que culminaría, en 1903, con el triunfo de la conspiración conservadora. En cuanto al arte literario, Porras sintió siempre el secreto dolor de no poseer un estilo de primer orden. Hubiera dado por tenerlo muchas de sus evidentes virtudes. Así como no perdonaba la inflexible dignidad de Santiago de la Guardia, ni la capacidad de hacendista de Eusebio A. Morales, la cultura de Guillermo Andreve o de Jephtha B. Duncan, como también el terso lenguaje de Ricardo J. Alfaro, eran motivo de su irritación constante. “Pero díganme, señores, ¿qué saben Alfarito y Andreve fuera de hilvanar frases bonitas? . . . ¡Díganme, señores!”— preguntaba una vez a sus áulicos— Mojica, Calvo, Icaza Fábrega— el caudillo exasperado. ¡Qué no hubiera dado, en efecto, el caudillo de levita por saber que, en trance de escribir, las palabras acudirían dóciles y precisas al mando de su pluma, como focas amaestradas, como si fueran también miembros del Partido Liberal! Pero ello nunca fue posible. Su imaginación

era un Icaro de alas de cera, destinado a caer repetidamente en el lugar común, sin jamás remontar el vuelo hasta esas alturas donde el estilo alcanza la dignidad del arte.

Arriesgo aquí una hipótesis.

Todo el mundo sabe el gusto de Porras por las citas clásicas, griegas o latinas de preferencia, porque sus autores se limitaron a los que debió estudiar durante el bachillerato colombiano. Pues bien, cabe pensar que tal particularidad se debió a la cruel certeza de su propia menesterosa condición de escritor y que esas citas y esas alusiones a Sénecas y Cicerones eran como perlas prestadas que él engarzaba en los toscos anillos de su prosa vulgar.

Sin embargo, el fenómeno político de Porras es una realidad. Desde el primer momento, este hombre —que es intelectual y culturalmente inferior a sus coetáneos eminentes— se impone a todos. Pablo Arosemena, Carlos Mendoza, Eusebio Morales y muchos otros deben cederle el paso y conformarse con desempeñar el papel de secundones. Los que le siguen a regañadientes, como los que se suman a su oposición, unos y otros deben reconocer que Porras es el factor decisivo de sus vidas. ¿Y el pueblo? ¡Ah, el pueblo! Apenas aparece este hombre de anacrónica levita, que habla de Escipión el Africano y de su amigo Toto, de Ernesto Reñán y de su compadre Juan, el pueblo se convierte en dócil arcilla para sus manos de taumaturgo.

Y la verdad es que, al verificar el hecho evidente de que Porras, *virtud por virtud, calidad por calidad*, talento por talento, no sobresale entre el brillante equipo de su generación, el fenómeno de su triunfo, de su indiscutible imperio sobre la vida cívica panameña de 1910 a 1930, no encuentra explicación fuera del misterio de las potencias psicológicas que forman eso que vagamente se llama la magia de la personalidad, el extraño imán que atrae y sujeta las voluntades sin que la razón pueda explicar el mecanismo.

Tal vez, en este punto, cabe observar lo que Porras significa socialmente. Fuera del breve episodio de Carlos Mendoza, Porras es el primer Presidente popular, que no pertenece ni está vinculado con los círculos de la oligarquía “de adentro”, como se de-

cía en el pintoresco lenguaje de la época. Más aún: Porras entra en conflicto con ella, como lo indica el hecho de que no fuera admitido en el Club Unión, el centro de las viejas familias. Además, al organizar las primeras estructuras del Estado panameño, Porras es instrumento del progreso y, en consecuencia, el primero en resquebrajar el edificio de los viejos privilegios: registro de propiedades, impuestos, etc.

Posiblemente, es aquí, en esta esfera socioeconómica, donde el biógrafo de Porras encontrará la posible explicación de sus continuos triunfos y la verdadera importancia del caudillo de levita.

## VI

De todos modos, por estas contradicciones de su carácter, por las múltiples facetas de su personalidad, por los aciertos y los errores de su carrera, la biografía de Porras no podrá ser escrita por sus contemporáneos. Se escribirán, tal vez, gruesos volúmenes llenos de pesada aunque útil información; se contarán cien anécdotas; se agotarán las posibilidades del vituperio y los recursos del ditirambo, pero la imagen real del egregio tableño quedará siempre borrosa, incompleta, inaccesible.

Cuando pasen los años y los episodios de su vida pública y privada sean amarillas hojas de archivos arrumbados y, por otra parte, el constreñimiento tácito de las convenciones sociales no imponga más sus tajantes limitaciones, entonces alguien podrá aprisionar el huidizo perfil de Belisario Porras. Y deberá ese biógrafo futuro ser capaz de equilibrios extremos para no aprobar ni repudiar esto o aquello.

La biografía de Porras debe ser escrita lejos del taller de un escultor, porque en su caso no conviene la estatua de actitud fija, es decir, el frío resumen cronológico de sus acciones, junto al ditirambo o la diatriba. Tal vez convendría el ejemplo del retrato al óleo de diversos tonos y reflejos cambiantes. El hecho es que el biógrafo no debe aprobar ni condenar a Porras, sino simplemente observar a Porras, ver desenvolverse su vida en su puro acontecer fenomenológico. Casi me atrevería a sugerir, como

modelo estilístico, una forma equivalente de la fuga. En efecto, convendría emplear un estilo o método que corresponda a ese arte supremo que consiste en iniciar una frase y, en la mitad de ella, otra diferente, y otra y otra, entrelazándolas y desarrollándolas, armónicamente, como diversas voces concordantes, y unir-las luego en un esbelto chorro musical que, al volver hacia la tierra, en un derrumbe de arcos transparentes, deja un instante en el aire el diseño tembloroso de su forma. *And yet. . .*

Quizás así podría lograrse una imagen cabal de este hombre a quien cinco generaciones panameñas vieron surgir del fondo oscuro de la provincia y llegar, con paso ineluctable, a las cumbres del poder político, y cuyo nombre, repetido con acentos de amor unas veces y con timbres de odio las otras, nunca dejó de resonar a lo largo de un dilatado período, como un leit-motiv sinfónico que, a través de los varios movimientos, va indicando la presencia de una melodía preponderante.

## VII

En la preparación de esa biografía será necesario, inevitable, contar con los papeles privados de Belisario Porras, con ese temido "archivo de la dignidad nacional", como él decía y sus familiares se complacen en repetir. Se dice, además, que las memorias del caudillo fueron terminadas por éste. Esos archivos y esas páginas inéditas constituirán sin duda un posible ábrete-sésamo de la personalidad de este hombre que nunca tuvo en vida un confidente, un amigo íntimo, que jamás confió en persona alguna. Las memorias son un género literario que cultivan los soberbios y los solitarios y Porras fue, en medio de sus liberales y de sus multitudes entusiastas, un doloroso solitario, un Robinson moral que ni siquiera tuvo la melancólica compañía de un viernes fraterno.

¿Cómo se presentará en esas memorias? Hombre sobremañera complejo, que se valía de sus amigos y de sus enemigos como simples instrumentos de su voluntad y para quien los unos y los otros eran las sístole y la diástole de su corazón de capitán, el hecho obvio es que Porras se apoyaba, psicológicamente, en

sus partidarios y en sus opositores. Francisco Arias Paredes y Enrique A. Jiménez, por ejemplo, eran la melodía y el contrapunto de su vida. ¿Qué hubiera hecho él, en efecto, durante las tertulias de Palacio, si no hubiera contado con un enemigo tan fiel y tan gallardo como Arias Paredes? ¿Sobre qué hombro se hubiera podido reclinar entonces para lamentar “esos ataques de Pancho, esos ataques, hombre. . .!” Y todos sus áulicos sabían que cuando no encontraba un artículo contra él en la prensa, pasaba el día malhumorado, falto de ese estímulo, de ese diario pretexto para la comedia del juego político. Porque, en verdad, Porras pensaba, como Wilde, que el silencio es el ultraje supremo. Y así, entre los aplausos y los silbidos, Porras estaba en su elemento, ya que sólo temía a la soledad, a la paz política y a la indiferencia, esa antesala del olvido.

## VIII

Otro elemento misterioso de la vida de Porras es el papel que desempeña en ella la inefable divinidad que es el azar. No hubo, en efecto, circunstancia adversa que no resultara, a la postre, benéfica para él. Porras, como es sabido, por independencia moral que mucho le honra, no aceptó el movimiento de 1903, en el que participaron únicamente hombres alejados de las fuerzas populares en que fundaba su acción. (Los jefes políticos panameños, los verdaderos, sólo colaboran con la Junta de Gobierno a partir de la noche del 3 de noviembre, cuando los miembros de ésta, incapaces de crear por sí solos los instrumentos necesarios al nuevo Estado, no tienen más remedio que recurrir a los intelectuales y caudillos de la época. Así, el destierro y la humillación que sufre Porras como consecuencia de su actitud le sirven a maravilla cuando más tarde, libre ya de celos y resentimientos, se destaca entre los jefes liberales como el único capaz de conciliar y cohesionar las fuerzas del viejo Partido.

Y un último ejemplo de buena fortuna; en vísperas de morir, un episodio aparentemente trivial sirve como patética justificación de una de sus obras públicas más criticadas. Acontece que

Porras no pudo contar con los auxilios del Hospital Santo Tomás porque no había una habitación donde alojarle.

Yo veo en este hecho un alto designio estético, la acción mañosa de la historia. El Hospital Santo Tomás, homenaje personal de Porras a la terquedad razonada de un amigo, su "amigo Toto, que era alto, rubio, musculoso y fuerte", ese Hospital, el "monstruo de cemento", el "elefante blanco", como lo calificaban con oriental hipérbole los enemigos de Porras, al cabo de tan sólo veinte años, no puede recibir a su Creador porque todas sus salas están colmadas de enfermos. Se diría que Clío preside realmente el tumulto azaroso de los hechos humanos y que su genio mueve los hilos de la historia. Aun en trance de muerte, la buena estrella política no abandona a Porras y continúa brillando como en una campaña electoral, como si fueran necesarios los votos populares para morir en paz.

## IX

Los últimos años del tableño tuvieron el aire melancólico de quien se obstina en no aceptar la dura lección del tiempo. Diplomático en Londres y en París, regresa a Panamá en medio de una áspera campaña política. Las llamadas fuerzas liberales, en las que se encuentran casi todos los amigos y los enemigos de Porras, se han unido contra el régimen del momento. Una manifestación se organiza para recibir al anciano. Y por las calles panameñas marcha Porras a la cabeza de miles y miles de manifestantes. Me tocó caminar a su lado. Vestía levita azul y chaleco claro. Daba el brazo a Francisco Arias Paredes. Un sol espléndido presidía la fiesta liberal. "Es el sol de Austerlitz", dijo el caudillo a su compañero. "¡Y ahora estamos unidos, Pancho; somos invencibles!". La campaña política fue un desastre. Pero Porras había gustado nuevamente el vino fuerte del aplauso y de los vivas. Durante unos años más seguiría prestándose al juego de los clanes, incluso de sus familiares que, a espaldas del indefenso octogenario, ofrecían el apoyo de su nombre a cambio de posiciones oficiales. "Tengo grandes proyectos. . . grandes proyectos. . .", repite,

incansablemente. Pero el tiempo ha gastado la vieja lámpara de Aladino con la cual supo dominar las muchedumbres y realizar milagros electorales. La vida de Porras declina dulce y burguesamente, entre los mimos de su esposa y de su hija, como cae la tarde en el trópico, cuando avanza la noche inevitable.

Nuevas generaciones panameñas ven pasar a este viejo atildado y hermoso que suele caminar por la Avenida Central, para tomar su necesario "baño de muchedumbre", o pasear en automóvil, hacia las últimas horas del día, acompañado como siempre por sus Antígonas familiares. Pero ya su presencia no suscita el entusiasmo, sino apenas la curiosidad y el respeto.

En un atardecer de 1940, junto a las ruinas de la antigua Panamá, puede ver por última vez al gran repúblico. Se había quedado solo, en el coche, mientras sus acompañantes visitaban la vieja Torre. Miraba hacia el mar. ¿En que estaría pensando? ¿Escucharía, acaso, el eco de remotas voces y lejanos combates? O, tal vez, al ver cómo la sombra y el silencio crecían en torno suyo, el viejo agnóstico trataba de responder anticipadamente a la gran incógnita futura. . . ¡Qué maravilla sería poder encontrar a los compañeros de la edad madura! ¡Vencerlos una vez más! Pablo Arosemena, Carlos Mendoza, Santiago de la Guardia, Eusebio Morales, Francisco Filós. . . ¿Y Rodolfo Chiari? Chiari, no. Con éste las cuentas estaban claras. Pero con Arosemena y Mendoza. . . ¡Ah, con ellos la cosa era diferente! La discusión y la hostilidad continuarían eternamente.

Había caído la tarde. Una sombra fúnebre envolvía ya el rostro del caudillo. La esposa y la hija regresaron al coche y unos instantes después el caudillo de levita se perdía entre la tibia noche panameña.

## X

Y se perdía también en mi memoria hasta esta mañana de Río de Janeiro en que escribo bajo la emoción de la noticia que menciona la muerte de Porras, el 28 de agosto de 1942, en mi lejana Panamá. Con todo, a pesar del mar y la montaña, esa emo-

ción es tan honda que suprime el tiempo y el espacio. Poco a poco, voy imaginando una última escena posible.

Si el Doctor Porras hubiese podido contemplar sus propios funerales, al ver reunidos a los antiguos enemigos y a los amigos de siempre, enlazados ahora por innúmeros recuerdos comunes y por la familiar presencia de la muerte, quizás entonces se le hubiera visto acercarse a los primeros y exclamar con cierta ternura irónica que le era característica: “¡Ustedes también han venido, señores! ¡Pero qué gusto me dan, pero qué gusto me dan. . .!” Y se alejaría después, convencido de su fama y de esta nueva prueba de su imperio político, sombrero en mano, saludando a izquierda y a derecha con garboso talante mosquetero, a ver si en el mundo de la muerte hay también campañas electorales y nuevos laureles para su nunca satisfecha frente de vencedor.

—“Lotería”, No. 56, de enero de 1946. Se utiliza un texto revisado y ampliado por el autor—.



## PARA QUE SE DEBE ENTRAR EN LA UNIVERSIDAD

Por DIEGO DOMINGUEZ C.

Se entra en la Universidad para adquirir una educación. Esto es claro. Se puede obtener una educación sin necesidad de ir a una universidad. Sócrates, Shakespeare, Cervantes, Lincoln, Franklin, Sarmiento, Rubén Darío, no se graduaron en una universidad. No obtienen educación muchos que entran en la universidad si sus cursos no están debidamente reglamentados y si los estudiantes no tienen la debida preocupación e inquietud.

La única razón de peso para entrar en la universidad es adquirir una educación. La universidad, por otro lado, sólo puede ir señalando caminos y derroteros. Nada puede hacer si el universitario no quiere andar. Es inútil enseñar toda la técnica y principios de la natación si el presunto nadador no se tira al agua y trata por él mismo de dominar el líquido elemento. Hay algo que es preciso señalar siempre que se habla de educación. Todos saben cómo amaestrar un animal, cómo adiestrar a un hombre para un particular oficio. Nadie sabe exactamente cómo educar un hombre. El motivo de la universidad no puede ser el de amaestramiento ni el de adiestramiento ni el de "entrenamiento". Aquí no hay verdadero problema. El verdadero motivo de la universidad es el de la educación. Y aquí sí hay problema. El objetivo a que apunta el adiestramiento es competencia en un oficio determinado; conseguir un buen profesional; un abo-

gado que sepa defender pleitos, un dentista que sepa calzar o sacar muelas, un ingeniero que sepa construir puentes y caminos. El objetivo a que apunta la educación es el entendimiento entre hombre y hombre.

El hombre educado es el que entiende el mundo en que vive; cuya vida tiene sentido y norte; que sabe su posición en el universo y cuáles son sus deberes y derechos tanto como persona humana, como individuo o como ente social. Hombre educado es el que tiene esa virtud que los escolásticos llamaban prudencia; que sabe juzgar y cuyas acciones son ponderadas y llenas de juicio. La universidad sola no puede producir este ejemplar del hombre educado. Es una obra en la cual ha de participar activa y vitalmente el mismo educando. Por eso la universidad debe preocuparse y se preocupa, por dar una educación general básica. Esa educación general o educación liberal, como se la ha llamado, es la educación que libera la mente humana de dogmatismos, fanatismos y prejuicios. Es la educación que todo hombre debe obtener no importa cuál sea el oficio a que se ha de dedicar en el día de mañana. La educación para todo universitario es la educación para la libertad.

El propósito de la educación general básica universitaria no es el de conseguir un determinado empleo o hacerse hábil en una determinada profesión, o llegar a cierto grado en la escala social. La educación básica que debe dar toda universidad, si no ha de convertirse en un frío taller productor de autómatas, concierne a todo trabajo, a toda profesión, y afecta todos los niveles de vida. Suceda lo que suceda, el futuro universitario sabrá enfrentarse a todas las situaciones con una actitud comprensiva, racional y humana. Este es el motivo decisivo por el que alienta la universidad. Queremos repetir aquí una vez más lo que dijimos en otra ocasión. No es que neguemos la importancia de las profesiones: sería ingenuo, sería risible y nos llevaría a un idealismo extremo y bobo. Pero es menester criticar y criticar lo más duramente posible, esa tendencia de las personas prácticas, aún de los llamados intelectuales prácticos, a disminuir esa importancia de la cultura, que es negar el sentido mismo de la universidad. La

universidad deja de ejercer su función para convertirse en una fábrica. El individuo sale convertido en una pieza de la gran maquinaria social; se olvida de los intereses humanos; se olvida que tiene que preservar su dignidad de persona humana. Se consagra y sacrifica por los medios sin ningún fin en lontananza. El resultado de tal vida será la desilusión y la amargura de vivir. Leviatán se tragará al pobre individuo que se olvidó de su verdadera misión?. Cuál es el objeto de ser un buen contable, o abogado, o ingeniero o médico si se olvida ese oficio primero que Gaos llama el oficio de ser hombre?(1)

Una cosa es, pues, esta educación general y básica que libera y otra la obtención de la profesión. Se aprenden hechos no por el simple deseo de convertirse en un archivo humano ni se leen libros para memorizar trozos enteros, ni se escucha al profesor con una mayor o menor curiosidad y deleite, para luego imitar sus modos y maneras. Es menester interpretar los hechos, asimilar la lectura y analizar las palabras del profesor para, en esta forma, ir adquiriendo sabiduría; saber por experiencia propia cómo la mente humana ataca y trata de resolver un problema humano. En todo punto y momento de la educación universitaria el educando debe ser una persona activa. Un universitario no es algo que se amaestra o se adiestra. No es un receptáculo de fórmulas y palabras. Es un ser humano que ha de tomar aquí, en la universidad, el estímulo y el acicate del eterno estudioso y el eterno preocupado.

Por muy suntuosos y magníficos los edificios no son lo esencial de una universidad. En los primeros lugares donde se aprendió la sabiduría, esa sabiduría de la que ha bebido toda la humanidad, no se necesitó de grandes edificios. Fue bajo los árboles. Fue una esquina cualquiera, el rincón de un mercado donde Sócrates —unión maravillosa de una mente altamente especulativa con un amor apasionado por la humanidad— nos señaló

(1) DIEGO DOMINGUEZ CABALLERO. *Los Cursos de Introducción a la Civilización de Humanidades y su propósito*, Imprenta Nacional 1945.

los caminos de la sabiduría. Es deseable y muy conveniente que la universidad tenga buenos edificios pero ellos solos no hacen la universidad.

La verdadera labor se realiza adecuadamente cuando hay esa idea socrática de la educación en la mente y el corazón del educador; el verdadero método está en inspirar la actividad intelectual independiente en los estudiantes. Insistimos. Se es un mejor hombre de negocios, una mejor ama de casa, un mejor doctor, si se es un inteligente y culto hombre de negocios, una inteligente y culta ama de casa, un inteligente y culto doctor. Sea cual sea la ocupación en que estemos interesados tendremos antes que nada que ser hombres. Hombres en el sentido pleno y vital de la palabra. Tenía razón Platón cuando afirmaba que una base en los estudios humanísticos resultaba en un mejor concepto de la ciudadanía.

Un título universitario en sí no significa gran cosa. Puede ser o no ser el signo de educación. El verdadero valor de un título universitario no está en el título sino en la calidad del que lo recibe. El prestigio de una universidad reside en su habilidad para la producción de mentes especulativas, disciplinadas e inquiridoras. Tenemos el deber y el derecho, como hombres, de encontrar quiénes somos y buscar nuestro lugar en el mundo y en la historia. El hombre educado se conoce a sí mismo, conoce su especie y conoce su mundo. El hombre educado conoce los principios de la literatura y del arte; de la ética, de la política y de la ley; de la filosofía y de la religión; tiene las debidas nociones científicas del mundo que lo rodea. Posee una capacidad disciplinada que lo lleva a distinguir lo bueno de lo malo, lo trivial de lo importante. Sus gustos se han afinado y se han estimulado y se ha habituado a pensar de manera ética y lógica. Para eso se entra a la universidad: para ser un hombre en el sentido verdadero y esencial de esa palabra.

## APROXIMACION AL PENSAMIENTO DE PIERRE TEILHARD DE CHARDIN

Por MOISES CHONG M.

### *(Ensayo sobre una fenomenología de lo cósmico)*

Es desconcertante, por decir lo menos, el hecho de que en nuestros predios intelectuales —siempre dispuestos a estudiar, confrontar y asimilar ideas juiciosas y maduras—, no se haya realizado una difusión viva y amplia, llana y objetiva, del pensamiento del jesuita francés, **Pierre Teilhard de Chardin** (1881-1955), ni que se haya insistido lo suficientemente en la importancia extraordinaria de su propia vida de científico y de filósofo con el lógico y natural entusiasmo que merece una dirección de pensamiento, que, al advenir al mundo de la ciencia y la filosofía, ha provocado una verdadera conmoción inadvertida entre los sectores refractarios a los menesteres científico-intelectuales. Pero no de una conmoción de temblores extáticos, de arrasadora y destructiva violencia a manera de un vendaval irresistible, con un supuesto “nuevo mensaje”, “advertencias” o cosas semejantes. Nada más alejado del espíritu teilhardiano este tipo de “revolución” que se cimenta en fraseos literarios, en una prosa brillante, cargada de tintas retóricas o, bien, en un crudo naturalismo. Teilhard mismo ha manifestado, en su pensamiento y en su acción, una humildad sobremanera ejemplar, como si su

obra, verdaderamente genial y equilibrada, no mereciera colocarse en los niveles en que están colocados aquellos titanes del pensamiento que, desde la Antigüedad, han venido dominando y orientando el firmamento de las ideas.

He aquí un pensador que sin presumir de original —nunca lo ha pretendido—, ha logrado, eso sí, en su propia obra, el sello indiscutible de las creaciones realmente merecedoras de tal calificativo. Es la suya una originalidad no perseguida o buscada por los afanes de la vanidad del intelectual. La suya es una actividad dirigida por el espíritu de quien sabe que ha encontrado algo nuevo, en cuanto a método, en la explicación científica de la trama del Universo. La obra de P. Teilhard de Chardin ha sido objeto de enconadas y significativas discusiones en los medios científicos y teológicos de hoy. Prueba de la novedad de sus investigaciones, estudios y conclusiones es, justamente, esta controversia —un tanto apasionada—, que durante muchos años ha caracterizado la imagen del sabio jesuita. No se trata ahora de hacer lago así como una apología del pensamiento del Padre Teilhard ni tampoco de colocarnos en un sitio estratégico para dirigirle desde allí los acerados dardos de la crítica. Nos limitamos a explicar algunas de sus ideas centrales, conceptos matrices dentro de los cuales se enmarca su pensamiento. Por lo tanto, no nos proponemos hacer aquí una exploración sistemática y a fondo acerca del pensamiento teilhardiano, por muchos y razonables motivos: Teilhard no ha elaborado —ni tan siquiera intentado— un pensamiento sistemático en el sentido de un Aristóteles o de un Hegel, y mal podríamos atrevernos a encasillar un tipo de meditación ajena a esos menesteres. La obra del P. Teilhard, como realización efectiva de un propósito serio y realista para comprender el mundo y la vida en su acaecer se nos presenta, digámoslo así, en forma algo fragmentaria en cuanto a presentación pero no en cuanto a su contenido, pues late en el fondo de su obra un claro sentido de unidad, de totalidad trazada en significativos bocetos: LA VISION DEL PASADO, LA APARICION DEL HOMBRE, EL GRUPO ZOOLOGICO HUMANO, CARTAS DE EGIPTO, HIMNO DEL UNIVERSO, etc., etc.

Teilhard mismo ha manifestado no ser él un "filósofo", adscrito a una determinada corriente de pensamiento, no obstante serlo hasta el tuétano. Y lo es porque ha sabido situarse en el nivel correspondiente a la mentalidad reflexiva, decididamente objetiva, en el plano de quien sabe abstraerse para sacar algo concreto de la realidad contemplada, vista, vivida, experimentada. Es posible que haya en esta confesión de Teilhard un deliberado propósito de expresar su ruptura con los sistemas tradicionales del pensamiento sistemático, tales como el Materialismo en todas sus típicas formas, así como el Idealismo con la múltiple variedad de sus modalidades. De todas maneras, aletea en Teilhard aquella convicción de que Ciencia y Filosofía son explicaciones racionales acerca de la realidad, cuyas conclusiones, de ser obtenidas por la vía experimental o por el camino del raciocinio puro, no pueden nunca chocar con las conclusiones de la Revelación, quiero decir, de la Teología. Empero, Teilhard no es fanático del Catolicismo, un sectario intolerante, despiadado con los "herejes"; antes bien, se ha presentado a lo largo de sus meditaciones y escritos de muchos años como un autor que quisiera "renovar", no socavar, el Catolicismo, hacer del Cristianismo una doctrina que no produzca la enajenación del hombre con respecto de sí mismo y del mundo. De él son estas palabras, que traducen su ideario de tolerancia:

"Sueño en una época en la que en los comités superiores de la Iglesia habrá no sólo un Santo Oficio para cercenar las ideas nuevas, sino un comité para estudiarlas . . . Si la Iglesia sucumbe, todo está perdido".

Sobre Teilhard, paleontólogo, geólogo y clérigo como el que más, no cabría pensar en una supuesta heterodoxia que abriera el camino para una condena eclesiástica, tal como muchos lo llegaron a pensar seriamente. Podría pensar así, ciertamente, quien no supiera penetrar en el sentido de una expresión como ésta:

"Nuestro ser espiritual se alimenta continuamente de las innumerables energías del Mundo tangible. . . Vivimos, ¡ay! en medio de la red de influencias cósmicas,

como en el seno de la masa humana, o como en medio de las miríadas de estrellas: sin tomar conciencia de su inmensidad”.

Cuando el eminente sabio francés anunciaba en forma audaz un nuevo enfoque acerca de la naturaleza de lo real, de la Creación, del Hombre, etc., y por lo consiguiente, de nuestra propia existencia, hubo un movimiento en su contra, una enorme polvareda como la que se levantó en el Renacimiento contra Bruno, una amenaza contra este “iconoclasta” que se atrevió a ver las cosas con las armas de las ciencias naturales y sin que en esta labor sus conclusiones adversaran las del dogma católico. Felizmente, este revolucionario, este hombre batallador e incansable, pero sobre todo, honrado, talentoso y estudioso, supo mantener un ideal dinámico, exento de extremismos disolventes e inconducentes, pero sintiéndose obligado a mantener el extremismo de “su” verdad, no de una verdad encontrada por mero azar, sino que llegó a sus manos por el esfuerzo y el estudio, por la investigación científica seria, creadora, profundamente penetrada de una clara intuición que supo ver la enorme monstruosidad de los dualismos de moda, de la intolerancia de los dogmáticos y de la charlatanería de los obcecados.

Vale la pena, entonces, indicar a guisa de introducción algunos de los aspectos excepcionales que configuran el universo intelectual del P. Pierre Teilhard de Chardin: Antropogénesis o aparición de un grupo zoológico humano; cefalización o impulso de los ganglios nerviosos a unirse para formar un cerebro cada vez más complejo; convergencia o reducción a los fenómenos de ordenación, unión y síntesis; Cosmogénesis o movimiento orientado y convergente del Universo; Cristogénesis o génesis de Cristo involucrado en la evolución del Cosmos; Diafanía o discernimiento de la presencia de Cristo; divergencia o tendencia a la dispersión de la materia; emergencia o aparición de propiedades no previsibles; hiper espacio o espacio de cuatro dimensiones; interiorización o aparición del psiquismo o de un “dentro” de las cosas; medio divino o el Universo centrado en Dios; Noosfera o capa reflexiva de la Tierra, la humanidad; Parámetro o circuns-

tancia mediante la cual es posible apreciar en forma objetiva un determinado grado en el devenir evolutivo; la previda o la materia como potencial vital y espiritual; Socialización o formación actual en bloque del conjunto total humano; Superego o centro de los centros que es Dios; Parusía o coincidencia en lo eterno del fenómeno humano y lo divino; Convergencia psíquica del Universo sobre sí mismo; unidad cuantitativa de la evolución; hominización del individuo y de la Especie, etc. Algunos datos como los que hemos mencionado bien merecerían cada uno de ellos un estudio o análisis especial, una particular consideración que nos llevaría tiempo y espacio en términos considerablemente largos, aparte de las dificultades técnicas con las que es natural tropezar en este tipo de investigación o estudio. No obstante esto, esperamos alcanzar una visión clara, coherente e intuitiva que nos pudiera conducir al logro de un punto de vista ecuánime, objetivo, y a una perspectiva que se proyecte en plan de una explicación racional, lógica.

Junto con su vocación de sacerdote, el P. Teilhard de Chardin ha sabido unir, como pocos en la historia del pensamiento reflexivo, a esta inclinación nata, un profundo espíritu científico capaz de comprender en su más nítida pureza, los misterios de la Creación, la Resurrección, la Redención y la Eucaristía, ensamblándolos con las verdades aportadas por la Paleontología, la Biología, la Química y la Físico-Matemática. Porque el Padre Teilhard ha sabido penetrar, con una sabiduría innegable y una profunda devoción, en el corazón de la realidad sin que ello signifique el sacrificio del sacerdote, del creyente cristiano, en aras del sabio científico o viceversa. Su aventura intelectual, digámoslo así, ha consistido —así lo entendemos nosotros— en haber concluido en que la Religión y la Ciencia, lejos de ser antagónicas, recorren distintos caminos pero hacia un mismo fin, ofreciendo él una solución —o tentativa de solución—, de síntesis creadora en la cual la piedad cristiana —lazo viviente con lo Divino— se une a una sabiduría racional y experimental. Es natural que Teilhard proceda, cuando actúa en el terreno de la ciencia, como un hombre devoto porque para él la naturaleza —objeto de escru-

tación fundamental— puede ser comprendida mediante la razón

en el enfoque del origen de la vida, por su innegable don de penetración lógico-intuitiva para indagar los más profundos aspectos de la relación —indisoluble y convergente— de la Naturaleza y del Espíritu, del hombre y del mundo, de la Ciencia y la Religión, de Trascendencia y de Inmanencia. Muchas cosas más hacen del P. Teilhard uno de los gigantes del pensamiento contemporáneo, comparable —por la proyección de su pensamiento— a los grandes pensadores que están en la línea de Aristóteles, Platón, Santo Tomás, Duns Scoto, Emmanuel Kant, Renato Descartes, Hegel. . . Importa recordar que Teilhard de Chardin no ha lucido, mientras vivió, en el firmamento de los grandes filósofos y pensadores. Razones de una supuesta heterodoxia lo colocaron en situación de que, no obstante su reputación por el descubrimiento del “hombre de Pekín”, su notoriedad científica en el Instituto Católico de París, etc., impidieron que muchas de sus obras, como *EL FENOMENO HUMANO*, —una memoria científica, una fenomenología de lo cósmico—, fueran conocidas por el público, el gran público. Sólo cuando se produjo la “apertura” al diálogo, a la comprensión, a la libre discusión sin ningún tipo de amarre intelectual en el seno de la Iglesia Católica, se hizo posible tener acceso a las ideas del P. Teilhard. Mientras, su pensamiento había sido objeto de discusión limitada sin que, de manera formal y objetiva, éste se hubiera conocido por lo menos en sus aspectos más generales. Sólo fragmentos, partes sueltas de sus escritos eran dados a conocer sin que en realidad se hubiera penetrado en el centro de sus ideas.

Conviene partir de algunos puntos básicos —ya reseñados arriba por nosotros—, sobre los cuales podamos montar, a manera de explicación consiguiente, la red conceptual presente en los múltiples escritos del P. Teilhard, como cartas, artículos, libros, ensayos, monografías. El P. Teilhard —ya los hemos dicho— es un paleontólogo y un geólogo, un hombre de ciencia, pero también, repetimos, es un hombre de Iglesia. Es un espíritu que realizó dentro de su obra una notable síntesis, situando su reflexión en un plano cósmico, alejado de toda fantasía idealizante, sin mezclar los diferentes órdenes de conocimiento, sin confundir

lo teológico con lo científico-racional; no buscando fórmulas mágicas o claves misteriosas para desentrañar el nudo de la vida, ni tampoco intentando resolver los problemas de la Teología con inadecuados recursos, y lo mismo con respecto a los problemas capitales de la ciencia. Predominan en Teilhard los conceptos de coherencia, reflexión, crítica, visión mística del mundo, un amplio y propio método fenomenológico, el sentido de la evolución, la convergencia del tiempo, la revelación, la dialéctica creadora, la ley de recurrencia, Cosmogénesis dirigida, parámetro de complejidad creciente, el fenómeno del tiempo y, bueno, los temas fundamentales de la Religión Cristiana, a saber, la creación, la resurrección, la redención y la parusía. Si organizáramos todas estas ideas en una totalidad armónica, sería materia de difícil manejo, labor delicada y escabrosa siguiendo las tradicionales fórmulas lógico-racionales o los esquemas conceptuales de la deducción pura. Sin embargo, se advierte la presencia de un conjunto de conocimientos que requieren ser expuestos, actualizados, a riesgo de quedarnos cortos en nuestros propósitos o, tal vez, de despitir al lector desprevenido en lo que verdaderamente constituye el núcleo central del pensamiento teilhardiano.

Al aproximarse a un libro como EL FENOMENO HUMANO, su obra capital, descarta Teilhard todo problema teológico, y ante la obra sentimos el aliento del genio, del científico que sabe escrutar con intuición objetiva la grandiosa formación de la trama del mundo. Por otra parte, el P. Teilhard no trata de fundar una biología de nuevo cuño para justificar desde allí su fe cristiana. En absoluto. Encuentra, mas bien, que el estudio profundo, serio y científico de los seres vivos conduce a la convicción de que la "vida" sirve de infra-estructura sobre la que se levanta el edificio simétrico dentro del cual Dios enmarca su ser fenoménico, su naturaleza física. La vida no es propiamente "creación" en el sentido común del término: es uno de los pisos de la escala gigantesca —la escala de Jacob?— de la totalidad del mundo. Y el mundo se organiza, no tanto por una especie de voluntad suprarrazional; se organiza, cabalmente, como resultado de un impulso

interno, a modo de "élan vital", que conduce a niveles superiores de existencia, desde los elementos germinales de la previda —curva del fenómeno humano por un proceso de cosmogénesis—, hasta el pensamiento mismo que es ya el hombre o etapa de la reflexión, pero no el hombre considerado como una aislada unidad, perdida en la polvareda sideral o en el laberinto de las formas vivas, ser disuelto en el mar de los átomos elementales, sino el hombre como "cima momentánea de una Antropogénesis", el hombre, en fin, como el "supremo logro de la vida", según lo interpreta J. Rostand o, bien, como el "tipo cumbre" (G. Simpson). Realmente nos sentimos tentados de ahondar aún más en las cimas profundas de esta representación espectacular que nos hace ver en su obra el P. Teilhard. Y no es para menos, porque en fin de cuentas nos encontramos con el hecho de que, según sus propias palabras, "el hombre, centro de perspectiva, es al propio tiempo centro de construcción del Universo". Con esto estamos ante una Antropología que reivindica el papel fundamental del hombre, considerado éste como "eje y flecha de la evolución, cima avanzada en la que nos ha colocado la Evolución". El hombre se halla colocado, así, en una posición particularmente privilegiada, y como centro de perspectiva es, también, centro de construcción del Universo, pero igualmente es "un objeto errático dentro de un mundo dislocado".

Como quiera que no nos hemos propuesto hacer una "interpretación" del pensamiento teilhardiano, sino sólo asomarnos a su contenido y expresión, nos hemos limitado simple y escuetamente a señalar a lo que en él hemos logrado captar, descubrir, intuir. El Padre Teilhard de Chardin es —ya lo hemos visto— el hombre de la síntesis, de la coherencia, de la armonía. Ha querido tender algo así como un "puente" entre posiciones tradicionalmente antagónicas, pero según él realmente convergentes, paralelas. Practica el sabio jesuita un racionalismo que no es endiosa a la razón como lo hizo el Enciclopedismo francés: es hombre de Iglesia que rechaza aquel misticismo que cree que la unión con Dios se muestra a través de unos ojos entornados hacia arriba o de algún arrebató irracional, inexplicable. Podría-

mos calificarlo de un filósofo convencido de la eficacia de la razón plena, dialéctica, de la necesidad de la intuición mística y de la objetividad de la Ciencia. La razón no podría nunca ser aquella omnímoda autoridad que dicta en términos absolutos al hombre el camino que debe seguirse sin ningún género de discusión: ello representaría el dogmatismo del racionalismo, sobrada y evidentemente estrecho, infecundo. Pero, igualmente, la razón es como un resorte, el único, que hace posible a la Ciencia y ésta por su parte, tiene la función de explicar la relación de verticalidad existente entre Dios creador y mundo creado. No existe, pues, piensa, aquella supuesta antítesis entre lo trascendente y lo inmanente, entre lo uno y lo múltiple, entre lo finito y lo infinito. Acaso se piense ahora en la aceptación disimulada en Teilhard de un filo panteísmo. No es este el caso. Como lo ha dicho su amigo y comentarista, Claude Cuénot, el autor de *EL MEDIO DIVINO* "ha exorcizado el fantasma que asusta a la gente, el panteísmo", mediante la reintegración, a su reino original, de la inmanencia en la trascendencia y viceversa, y en la que la trascendencia es el correlato de la inmanencia. Uno se siente tentado a confundirse ante la idea teilhardina de que el más insignificante y minúsculo protozoo está estructuralmente ligado, mezclado o implicado en la trama entera de la vida y de que tanto el Tiempo como el Espacio se llegan a unificar en tan orgánica forma que, juntos, contribuyen a tejer la tela del Universo. No hay panteísmo en Teilhard. Hay, eso sí, la idea de la copresencia. La simple y formal declaración de una evolución en la que se engarza todo, incluso Dios mismo, no sugiere necesariamente la aceptación del panteísmo, por lo menos del panteísmo de confusión o en la forma marxista de atribuirle al mundo los predicados o las notas de lo absoluto. Una clara toma de conciencia del monismo teilhardiano nos pondría sobre la pista de que el Universo se sostiene por su conjunto pero que éste se halla, por así decirlo, en la escala ascendente de una Naturaleza hacia la cual todo converge, Dios.

La labor científica del P. Teilhard ha sido caracterizada por Claude Tresmontant como "un esfuerzo por leer" en la realidad

misma sin acudir a ningún supuesto metafísico, el sentido de la evolución, pero también por descubrir la inmanente intencionalidad fenoménica, tratando de resolver el problema de la naturaleza sin el previo abandono de los hechos escuetos, tal como se nos presentan. Nos sorprende cómo un hombre de iglesia, de convicciones muy arraigadas en el principio de la Creación, haya llegado a saber unificar, con genial e incomparable proeza intelectual, los dogmas de una religión con los supuestos físico-matemáticos de las ciencias exactas y experimentales. Cómo ha sabido cohesionar, sin ejercer ningún artificio, los principios de la Evolución en el sentido de Darwin con las ideas basadas en una firme creencia en los misterios cristianos en la cual Cristo es el punto "Omega" de todo el complicado proceso evolutivo. Nada más cierto que el P. Teilhard está dentro del espíritu científico que se declara a sí mismo "naturalista más que físico". Se afianza en los resultados positivos de la investigación natural y experimental cuando nos habla de una "materia elemental" cuya tres "caras" son, según él dice, la pluralidad, la unidad y la energía. En la primera cara el fundamento del Universo sensible se presenta en estado de disgregación sin límites y cuanto más fisuramos y pulverizamos artificialmente la Materia, tanto más deja ver ante nosotros su fundamental unidad ; finalmente, la energía no viene a ser otra cosa que una medida extensiva que denota el paso de un átomo a otro en el lento y gradual transcurrir de sus múltiples e infinitas transformaciones o mutaciones. Se llega, así, en Teilhard a un concepto coherente, equilibrado, constitutivamente avanzado, de lo que es la *materia*, considerada como totalidad, el conjunto de las cosas reales:

"Ante nuestros ojos desorbitados, cada elemento de las cosas se prolonga actualmente hacia atrás y tiende a continuarse hacia adelante hasta perderse de vista".

La materia no es simplemente lo tosco, lo duro, lo pecaminoso; es, también, expresa Teilhard, contacto exultante, esfuerzo virilizador, alegría física. En tanto que un ascetismo vulgar ve en la materia el germen de todo mal, Teilhard considera que es mediante ella, la materia, por lo que "nos hemos alimentado, ele-

vado, ligado al resto del mundo, y hemos sido empapados, invadidos por la vida, porque hay en la materia, nos dice en EL MEDIO DIVINO, una fuerza espiritual sobre la cual el hombre, montado como en su soporte, se liga a la evolución y, ligándose así se une al plan divino de esta marejada cósmica que nos arrastra en su ímpetu dirigido hacia un proceso más amplio y complejo de reflexión. Explica algunas limitaciones de la ciencia mecánica actual para entender la complejidad de la materia:

“La materia original es algo más que este hormigueo particular tan maravillosamente analizado por la Física moderna. Bajo esta hoja mecánica inicial, nos es necesario concebir, aunque sea llevado hasta su mínima expresión, pero absolutamente indispensable para explicar el estado del Cosmos durante los tiempos subsiguientes, una hoja biológica”.

Por lo cual para el P. Teilhard, la Materia tiene un poder fascinante y nos habla, incluso, de la “santa materia”, esto es, aquello que el Señor quiso “revestir, salvar y consagrar”. Podría ser este aspecto un punto de controversia en quien atisba en Cristo el sacrificio completo de todo egoísmo y, también, aquella parte de la vida cósmica que se muestra a través de la Evolución, de una Evolución dirigida, por no decir teleológica. Hemos dicho anteriormente que a Teilhard le fascina la materia. Lo que no quiere decir que él haya profesado una concepción materialista, ya en un sentido mecanicista, biológico, físico, etc. Quien, como él ha dicho que “Cristo está presente siempre y en todo en la materia”, no podría ser calificado como un materialista solapado. Ha dicho, igualmente que entre los seis y los siete años de edad en su primera infancia, “empezó a sentirse atraído por algo que relucía en la materia”. “Me recogía en la contemplación, en la posesión, en la existencia saboreada de mi Dios de hierro”. ¿Cómo conciliar esta especie de obsesión por la materia en su más pura dureza con su creencia en un Cristo espiritual? ¿Cómo armonizar este espejismo seductor del brillo metálico, de la “púrpura de la materia”, verdadero oro del espíritu, con su sentido de la piedad cristiana y su predilección por las cosas divi-

nas? Es que para Teilhard de Chardin, como lo advierte el ya mencionado Cuénot, en esta primera fase de su vida "Cristo está presente siempre y en todo en la materia por los efectos asimiladores de la Encarnación y de la Eucaristía"; porque en su lucha con lo material es como Teilhard descubriría la presencia cristológica en la red de las influencias cósmicas. En él, la Ciencia y el Amor se mancomunan o, mejor dicho, son dos aspectos de una misma dimensión. ¿Por qué tender, pues esa brutal oposición entre cuerpo y alma? Por eso, si la Ciencia escruta a la materia en tanto que el amor señala la certidumbre sobre Cristo, la aparente antinomia entre materia y espíritu viene a anularse; porque la Ciencia permite descubrir el fondo espiritual que palpita en la materia. ¿Acaso no ha demostrado Teilhard que el espíritu no es otra cosa que una transformación, una sublimación o punto culminante de la Materia? "El trabajo del algo que concentra en sus tejidos las sustancias del Océano, no es sino una pálida imagen de la elaboración continua que experimentan en nosotros todas las fuerzas del Universo para convertirse en espíritu", así lo expresa en EL MEDIO DIVINO y complementa esta idea con aquello de que la Nueva Jerusalén o Tierra nueva se construye, precisamente, a partir de toda materia en creciente esfuerzo de espiritualización. Quienes se han empeñado a lo largo de la historia del pensamiento en producir un abismo entre el espíritu y la materia, encontrarán en Teilhard de Chardin una ejemplar actitud de ecuanimidad, propia del filósofo científico. Aquello de "amarás a Dios con toda tu fuerza, con toda tu alma, con toda tu inteligencia", podría servirnos de clave o guía para percatarnos de que Teilhard supo cumplir con esta sabia enseñanza evangélica. Si. "Amarás a Dios también con tu inteligencia"; amor intelectual no exactamente como en Spinoza, pero sí los recursos del saber científico. Teilhard ha amado y escrutado a la Naturaleza, no tanto como sabio, nos repite, sino como devoto. Su devoción, empero, no está divorciada de la ciencia. La naturaleza la define en términos no absolutos. Es más, pocas veces o casi nunca se aventura él a dar definiciones "a priori", al modo de la Escolástica, porque a la larga son asfixiantes y limitantes. Y de allí,

también, su poca o ninguna preferencia por la metafísica tradicional.

Entre los aspectos del pensamiento teilhardiano que más nos han interesado, está aquel según el cual la Creación no ha terminado, sino que aún continúa. Y junto con esta afirmación, aquello de la "evolución orientada", una evolución sostenida por el esfuerzo creador de lo Divino, una evolución "dirigida". Hemos aprendido —se nos han inculcado— que la Creación en el tiempo es capítulo pasado. Como si se tratara de algo que ocurrió y cuyo término de vida ha finalizado hace ya millones de años. Pero Teilhard, con las herramientas del geólogo y del paleontólogo y con el alma de un creyente, ha sabido interpretar el sentido del tiempo en términos de evolución. En él, la Evolución no es el resultado mecánico de algo que en forma germinal o puramente potencial estaba dentro de un proceso ya previsto. Se trata de una evolución Hacia Adelante y Hacia Arriba en un proceso dialéctico orientado, en cuya cúspide está Dios (tránsito del fenómeno humano al punto Omega). Es interesante advertir que la idea de Evolución en el P. Teilhard es la de "un crecimiento recurrente" o, en otros términos, la de un proceso escalonado en el cual cada momento se repite a diferentes puntos y de maneras distintas. Así, la Evolución no es un simple acto de Desarrollarse una potencia y según lo cual nunca habría, en realidad, nada nuevo. Por el contrario, una idea de la Evolución —tal como la había atisbado Bergson— no empalmaría con este concepto mecánico de la misma. La presencia del pensamiento bergsoniano se hace patente en la orientación del P. Teilhard. Y así vemos que en realidad, lo que ocurre es que en una fase del proceso evolutivo aparecen, mediante combinaciones virtuales, nuevas formas en relación con los componentes en cuestión. La Evolución, la cual se realiza en extensión, también se mueve en el sentido de la profundidad. ¿Acaso si ésta no fuera realmente creadora podría ser de otra manera? La idea de totalidad, por su parte, domina el conjunto del pensamiento teilhardiano, y por tal razón la Evolución no es solamente agregado de simples componentes elementales sino también síntesis

creadora de los mismos. Empero, la Evolución misma no es creadora: es la expresión de la Creación.

La idea de una Evolución supone, entonces, que el hombre, en su totalidad orgánica, se encuentra "arrastrado" dentro de un proceso de cosmogénesis. Escribe él mismo que en el transcurso de sus estudios de teología en Hastings, "creció en mí, hasta invadir todo mi cielo interior, la conciencia de una deriva profunda, ontológica, total, del Universo en torno a mí". Muchos comentaristas de la obra de Teilhard convienen con él en la idea de que nos encontramos colocados en un Cosmos "inconcluso" y en un proceso de génesis y que sobre este punto no haya motivos de discusión, pero que el problema se presenta en que, si en efecto, la evolución tiene un sentido, un orden, una orientación, en otras palabras —y recordando a Anaxágoras y Aristóteles— la Evolución se mueve dentro de una ordenación teleológica, finalística:

"Este descubrimiento —nos dice EL FENOMENO HUMANO— de que todos los cuerpos derivan por ordenación de un solo tipo inicial corpuscular viene a ser como el rayo que ilumina ante nuestros ojos la historia del Universo. . . Los astros son los laboratorios en donde se prosigue, en la dirección de las grandes moléculas, la Evolución de la Materia".

Desde la más simple forma molecular, iniciándose con las partículas atómicas, hasta la complejidad de las macro-moléculas, los movimientos elementales de la vida pasan por sucesivas etapas de reproducción, multiplicación, renovación, conjugación, asociación en el sentido de una "actividad dirigida", una especie de "azar orientado", en donde el árbol de la vida se hunde en las capas profundas de la previda para culminar, dentro de una complejidad creciente y de una deriva cósmica, hacia un punto Omega, la Parusía del teólogo, motor sobrenatural del mundo, punto de ideal perfecto para el científico. Una fenomenología de lo cósmico, tomando en cuenta la existencia de las partículas atómicas y pasando por los depósitos fosilíferos y los restos osteológicos, nos conduciría sin ningún género de incertidumbre, a contemplar

toda una serie progresiva a partir del gigantesco hervidero del Cosmos hasta los preludios humanos de la vida eterna. De la pre-vida a la Vida, y de ésta a la capa de la Reflexión. Paso de las formas primigenias, elementales, a los niveles objetivos de lo humano y de aquí al punto Omega, cima y remate dialéctico del edificio orgánico de la vida.

En medio de este acontecer, nos dice Teilhard en LA APARICION DEL HOMBRE, la humanidad "va derivando, bajo la acción del proceso cósmico de complejidad-conciencia, hacia estados siempre de más elevada interiorización y siempre de más completa reflexión". Por eso, la Evolución, considerada no en términos mecánicos deterministas sino en un sentido de "planificación" previa se orienta buscando nada menos que el cumplimiento, en la cima, de una mayor conciencia, de un grado superior en el cual la "interioridad" se hace dueña de sí y retoma el camino que en forma momentánea había perdido, justamente por la naturaleza contingente del hombre. Y así, si la Humanidad fue perdiendo, en el transcurso de los siglos, ciertos privilegios propios de su especie ante el impacto de la técnica y de ciertas aparentes conquistas científicas, comienza de nuevo a colocarse a la cabeza de la Naturaleza, a readquirir lo extraviado, precisamente por el hecho de haberse refundido en la corriente de la Cosmogénesis, destacándose como un punto singular en el mundo, logrando para sí un elevado grado en el camino de la reflexión, que se despliega —hacia adentro— de la persona sobre sí misma.

Nuevamente el lector avisado se preguntará qué relación podemos encontrar entre las creencias de un devoto cristiano, fiel a la Iglesia, ortodoxo en cuanto a los dogmas cristianos, con toda esa ingente masa de conocimientos científicos y racionales que, por boca del P. Teilhard, nos habla de "documentos osteológicos", "huellas fosilíferas", "equivalentes mecánicos", "la división celular", "el medio corpuscular", la "ley de recurrencia", "concentración cefálica", "morfología", "mutaciones", "hominización", "Pitecántropos", "ligazones zoológicas" y tantos otros conceptos que, clásicamente han chocado

con los conceptos definidos de la Escolástica, de la *veritas*, de las verdades Apostólicas. Teilhard es —o ha sido— un hombre de ciencia que no reniega de su vocación sacerdotal. ¿Por qué habría de ser así? ¿Por qué habría él de seguir sosteniendo una de las partes en ese viejo antagonismo entre Idealismo y Materialismo? ¿Acaso no es posible encontrar, a su juicio, un principio común mediante el cual el todo y las partes son términos de una misma relación? Todo cuanto ama él en la Naturaleza, lo ama también con la inteligencia; y en tal sentido obedece a un mandato bíblico. No obstante, sus detractores vieron en esa actitud una expresión heterodoxa y no repararon en que, detrás de estas investigaciones del sabio se movía —inquieto y dinámico— un afán profundo por penetrar en el núcleo mismo del fenómeno humano el cual es, a la postre, la cima del tiempo en la dirección de un proceso evolutivo orientado hacia una complejidad cada vez más creciente. Pero tampoco Teilhard ha sido —lo repetimos nuevamente— algo así como un panteísta descarriado, detractor de la teología católica o algo por el estilo. No. El P. Teilhard ha querido — y así lo entendemos nosotros— situarse dentro del marco de una reflexión equilibrada, que no equidistante en sentido matemático. El justo medio aristotélico que aparece en forma efectiva en Santo Tomás de Aquino, se mantiene dentro de la concepción teilhardiana. Este equilibrio parte del hecho de que él, Teilhard, es un monista fenoménico (aunque por espíritu es enemigo de definiciones), que considera ilógico toda forma de dualismo porque, entre otras cosas, la posición dualista introduce aparentes oposiciones, contradicciones inexistentes y por eso el hombre total se pierde o se diluye en una especie de disociación; el hombre es una realidad concreta, mucho más real que el hombre en particular, individual. La naturaleza se nos presenta como un proceso que se constituye dentro de una serie de peldaños en escala ascendente y descendente a la vez. Hacia Arriba, la Naturaleza remata en un punto Omega, final, pero que no debe interpretarse en el sentido de “conclusión definitiva o absoluta”, sino como un momento que se abre a nuevas perspectivas y sin las cuales la Evolución no tendría principio ni fin. Hacia Abajo, la Na-

turaliza se hunde en sus elementos primordiales, punto en donde se inicia la curva de la Evolución. Y de no ser así, como lo pensaron los primeros transformistas, la Evolución sería un maquinal movimiento, eternamente siendo el mismo, de simple extrapolación y yuxtaposición y sin el menor asomo de progreso real, en idéntica forma a como la concibieron algunos hombres de ciencia de la pasada centuria. La idea de una "emergencia" está en la base del concepto de Evolución teilhardiana y, a su vez, ésta se orienta en el sentido de una convergencia hacia un punto ideal. Pero "zoológica y psicológicamente hablando, nos dice en EL CORAZON DE LA MATERIA, el hombre, fijado por fin en la integridad cósmica de su trayectoria, no está todavía más que un estado embrionario, más allá del cual se perfila ya una amplia franja de ultra-humano". Lo que interpretamos como la asociación colectiva, la socialización del esfuerzo de todos, en donde el hombre encontrará su madurez plena. La era de la evolución no se halla, pues, detenida, congelada, sino que en procesión continua, sigue hacia estadios superiores.

No consideramos completo este breve trabajo. Al final del mismo nos sentimos agobiados bajo el peso de una responsabilidad muy grande, cuál es la de habernos atrevido a llevar al lector interesado algunos detalles y aspectos del pensamiento teilhardiano, mucho más rico de contenido de lo que uno puede figurarse. Y quisiéramos habernos extendido en las amplias y dilatadas zonas de su pensamiento, ahondar en los sugestivos temas que nos presentan sus obras, escritas con una terminología poco familiar entre nosotros. Empero, la brevedad se ha impuesto en aras de una mejor comprensión puesto que consideramos que, a vuelo de pluma, se hace más patente la vivencia de un pensamiento que sin el menor asomo de pretender ser profundo y original —y su pensamiento lo es en verdad—, tiene la virtud de penetrar en lo recóndito de la trama del Universo y de la urdimbre de la vida humana. Consideramos que se hace necesario que en nuestros medios académicos o intelectuales se difunda, con criterio práctico y objetivo, la obra del P. Pierre Teilhard de Chardin, cuyos aportes en el campo de la ciencia y la filosofía, bien pu-

dieran servir de estímulo creador para el estudio serio de una posición muy personal, muy desconocida por la generalidad de los panameños; que estimule el sentimiento de la necesaria solidaridad humana, que sólo en la plenitud del diálogo y la investigación objetiva y abierta podría conducirnos a una más sólida comprensión en todos los niveles de la existencia, sin ningún género de escándalo, para vencer y superar el Mal en todos sus aspectos o en todas sus formas, a saber, mal de desorden y de fracaso, mal de descomposición, mal de soledad y de angustia (¿Estamos los hombres solos en el Universo?) mal de crecimiento. Invitamos a los estudiosos del país a acercarse, sin ningún tipo de prevención, sin aversiones y sin idolatrías, a la obra del P. Teilhard de Chardin, quien ha introducido una concepción científica del mundo sobre la base de sus creencias religiosas y, recíprocamente, quien ha sabido complementar la fe del devoto con las exigencias del hombre de ciencia.

Chitré, junio de 1969.

